

**KEITH LANDDON,
MEMORIAS NO AUTORIZADAS**

RAÜL V. REY

COLECCIÓN NAGINATA
EXTRAVERTIDA EDITORIAL
SEVILLA 2020

© 2020, Raül Vaca Rey
© Fotografía cubierta: Laurent Perrot
© Diseño Cubierta: Jaime Romero
© Extravertida Editorial
© Colección Naginata

.....
Maquetación: Jaime Romero
Maquetación ebook: Lucía Franco

.....
ISBN: 9788412119794
1ª Edición: marzo 2020

extra
vertida
editorial

Editado en Sevilla.
Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga.
Impreso en España – Printed in Spain.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

I. LA ESTRELLA DEL CINE

El chico latino se pasea desnudo por la suite. Yo lo miro con el ceño estúpidamente fruncido, como quien no acierta a resolver un problema matemático o duda entre cortar el cable rojo o el azul. No te detengas, sigue caminando, le digo, le ordeno, y él camina y llega junto a la ventana y da media vuelta para seguir caminando y me mira por encima del hombro con una medio sonrisa enigmática que me gustaría quitarle de un puñetazo.

La semana de trabajo ha sido dura. La puta semana de trabajo ha sido extenuante. Anthony y Christy y hasta Daniel siempre dicen que no conviene quemar la imagen mediática, ni la cinematográfica, por eso hago una película, la promociono y luego me encierran. Me encerraron hasta la semana pasada, y me soltaron para que rodara esta nueva película. Siete meses de enclaustramiento, quizá algún viaje, quizá alguna gala benéfica, quizá algún cameo aquí o allá o visitar un país africano que desconozco y hacerme unas fotos para denunciar una situación injusta. Las situaciones injustas me la traen floja. Me gustaría que no, que me importasen, pero la verdad es esa. La verdad también me la trae floja.

Me encanta la polla del chico latino, ese largo y grueso pollón. ¿Cuánto medirá? ¿seis pulgadas? Y sin empalmar. Es velluda igual que su pecho, igual que su culo. No soporto el vello en el culo de un hombre, pero en este me da igual, en su caso es como una marca corporativa, como un sello de origen. El sexo es una batalla en la que siempre alguien sale perdiendo, y yo he pagado tres mil dólares para que este tío pierda de antemano, para que se queje mientras me lo folle como si le doliera mucho y estuviera aguantando solo por darme el capricho. Uno solo aguanta por darle el capricho a un amante o a un cliente, y esta noche yo soy ambas cosas para él.

El rodaje ha sido intenso, Dios, la misma presión siempre, aunque lleve doce de mis treinta y cuatro años en este oficio no acabo de acostumbrarme. ¿Rodajes excitantes? Eso me decía en una ocasión Christopher, sostenía una ginebra en una mano y un habano en la otra, a mí los rodajes me excitan, decía Christopher ladeando los labios. Hay que ser un perverso, pensaba yo. Me he pasado el último mes con las malditas clases de dicción para conseguir el maldito acento irlandés, luego los malditos ensayos con Donovan, el entrenador de interpretación, y por fin las malditas jornadas maratónicas de esta primera semana, nueve o diez o quince horas para lograr una toma de un minuto y medio, y suerte, que las hay peores... Y los nervios, todo el equipo observándome como a un insecto, como a mono en el zoo montado en bicicleta, gritan *acción*, la escena comienza y noto la respiración entrecortada de los demás, las manos retorcidas, el sudor frío, el espeso silencio hasta que por fin la escena acaba y consideran que lo he hecho bien, que se nota perfectamente el machaque con el profesor de irlandés y con el *coach*, y me siento como un niño regordete tocando la trompeta en la banda del pueblo. Esta profesión es así de jodida, así de hija de puta, yo llevo una carrera impecable, taquillazo tras taquillazo, ¿pero quién me dice que este nuevo filme no me hundirá en la miseria, que las críticas no serán para echarse a llorar, que ni mi madre irá a una sala a verla? Aún tengo clavados los ojos de Jason en aquel restaurante donde me lo encontré de casualidad. Más de dos años sin rodajes, que se dice pronto.

Pero él, de su mierda, ni pío. Qué tal Keith, me decía, qué tal Jason, le decía yo mientras nos abrazábamos y nos dábamos palmaditas en la espalda como si nos alegráramos de vernos. Él me hablaba y yo le sonreía y le estrechaba los hombros y pensaba te han dejado caer, ¿verdad, Jason?, estos hijos de puta te auparon y te auparon y luego te dejaron desplomarte para ver tus tripas desparramadas por

el suelo. No se trata de pasta: Jason tiene suficiente como para vivir igual que un sultán hasta que se muera él y se mueran sus hijos y se mueran los nietos que aún no tiene. Se trata de perder el prestigio, de que todos te sonrían y te doren la píldora y te digan que están deseando verte otra vez en pantalla y saber que en el fondo les da igual, que es mentira, que has dejado de parecerles fascinante, que ya no eres nadie, no eres un ídolo, no eres un dios.

Empieza a meneártela, le digo al latino, pero no te corras.

La semana ha sido dura. Dije las últimas frases del guion tratando de parecer natural, de seguir las directrices de los ensayos e incluso un poco de mi pírrica intuición, pero algo se movía dentro de mí, como un gusano bajo la carne. El director de escena gritó *corten*, los focos se apagaron y los operarios se volvieron sombras. El gusano desapareció. Tenía unas ganas tremendas de olvidarme por un tiempo de esa jodida caravana, tan grande como un tráiler, dos plantas, gimnasio y sauna y vestidor... Y también descorazonadora, una jodida caravana nunca deja de ser una jodida caravana. ¡Y pensar que hay gente viviendo en minúsculas *roulottes* todo el año en barrios chabolistas en la práctica! Me voy al hotel, me ducharé allí, le dije a Daniel, mi asistente. Y venciendo la vergüenza añadí: necesito relajarme, no podré dormir si no me mandas a alguien. Daniel es, ¿cómo decirlo?, mi confesor de pago. Y él rápido, neutro, ¿chico o chica?, me preguntó, como si hubiera dicho peperoni o salami. Y yo dudando, indeciso, no lo sé, Daniel, un tío, mándame un tío esta vez. Te enseño un catálogo en la limusina y te lo arreglo. Así de simple. Y una hora después, hola soy Juan Miguel, me dijo el latino y me enseñó su certificado médico que dice que está sano como una pera, que me lo puedo foliar sin condón. Vestía cazadora de cuero, camiseta ceñida, jeans y botas, aire motorista. Más sexy que la madre que lo parió, el hijo de puta. Fue verlo y una bola de fuego me trepó por la garganta. Todos los latinos tienen el mismo acento cuando hablan en inglés,

resulta difícil apostar por un país en concreto, pero diría que es puertorriqueño, qué más da, posiblemente me mentiría si le preguntara, como seguro que me ha mentido con el nombre, todos dicen que nacieron en el país, pero no acaban de usar un léxico totalmente de aquí y además meten palabras en español. ¿Quieres una copa? No bebo cuando trabajo, gracias, me dijo, y a saco: ¿Cómo quieres que me comporte? Yo lo tenía claro, me apetecía un macho que se dejara dominar, al que pudiera darle cachetes. Cada cachete, me advirtió, son cien dólares más. Lo tiene así tarifado. Creo que sale más barata la multa por pegarle una hostia a un policía en plena quinta avenida; y yo me imaginé al latino en la postura de perrito, con el culo en pompa, contando cachetadas para pasarme luego la factura. Quítate la camiseta, le dije acariciando su pecho izquierdo y besándole de pronto los labios. Por este precio también se dejan comer la boca. Parece un dios maya o inca o de donde sea, pero una divinidad de tan perfecto y de mirar de esa forma, como si supiera el final de todo. Es lo que tienen estos tiempos, que hasta los dioses están en venta. Le sirvo una coca cola. Está musculado sin resultar excesivo, no tiene pinta de ir al gimnasio, más bien tiene el aire de los trabajadores que descargan cajas en el muelle o en los almacenes, y eso le da un morbo tremendo. Le he pedido que baile un poco con la camiseta ya quitada, ha comenzado a contornearse de forma sensual, ha apretado los labios con un erotismo que me la ha puesto dura de inmediato, se ha pasado el vaso con hielo por el pecho y se le han humedecido los pectorales y los pezones se le han endurecido, ha levantado el brazo izquierdo al aire y ha dejado al descubierto la pelambrea de su axila. Sigue moviéndose al son de Aretha Franklin cantando *I say a little prayer*. Era lo primero que ha salido de mi reproductor: *corro al autobús, cariño, y en él pienso en nosotros*, y el latino junta las dos manos en el cinturón, casi a la altura del pubis, y comienza a moverse como si estuviera follando lento y dulce y seguro y fuerte a la vez, todo a

la vez, el cabrón sabe ofrecer lo que quiere el cliente. Tiene suerte de que esta noche sea yo quien me lo tire, que soy joven y tan atractivo como él, o tal vez más, belleza clásica y blanca, de rasgos rectilíneos y simétricos, masculinos también reforzados por el color negro de mi cabello y mi barba de varios días que he tenido que dejarme para el rodaje. Debe de rondar los veintiséis años y se lo follarán tíos gordos y feos, algún sexagenario incluso, que al precio que pagan le pedirán todo tipo de perversiones. Quítate ya los pantalones, le he ordenado. Lo bueno de los prostitutas de lujo es que te dejan besarles en la boca y luego la mantienen cerrada, no cuentan nada a la prensa, probablemente ni siquiera a un buen amigo. Métete el calzoncillo en la raja, como si fuera un tanga, le he pedido y él lo ha hecho, dócil, provocador, pero no sumiso. Tiene una espalda ancha y bronceada como una piel de toro, y acaba en un culo de escultura grecolatina, me mira de reojo, se sabe atractivo y sabe que me gusta lo que veo. Ya no la puedo tener más dura. Antes de que llegara me ha dado el tiempo justo de ducharme y de descansar brevemente en el *chaise-longue*, de imaginarme a este latino, de recordar sus fotografías en el catálogo, de recrear la escena tal y como ahora la estoy viviendo. Anticipar el placer es un placer en sí mismo. *Para siempre estarás en mi corazón y te querré*, decía la voz de Franklin, y yo quítate los calzoncillos, pásate por la habitación.

Después de siete días de rodaje tengo un descanso de cuatro jornadas hasta el próximo día de curro. Creo que no vale la pena atravesar el país para ir a mi casa de la costa oeste, pero eso lo decidiré mañana; cuando estoy cansado no tomo buenas decisiones, me da pereza imaginarme el periplo de limusinas, aeropuertos, jets privados... Los viajes parecen un laberinto, me acuesto en un lugar y cuando abro los ojos por la mañana resulta que es de noche debido a la descompensación horaria y no tengo ni puta idea de en qué coño de ciudad me encuentro. Y entonces, súbitamente, un flechazo de

terror me atraviesa el cuerpo. Siempre igual, sé que dura poco, un segundo, dos segundos, ¿dónde coño estoy? Tres segundos, cuatro segundos, y recuerdo a Daniel, que mueve los labios y de ellos no sale ningún sonido, pero puedo leer Sidney o Dubái o Mónaco. Y me digo ah, sí, y recuerdo la pista nocturna del aeropuerto, la cabina del avión forrada en madera clara. Y entonces trato de acostumbrarme en tres días al *jet lag*, pero no hay un puñetero ser humano que se acostumbre al desfase horario en tan poco tiempo. Y no me queda otra que volver a hacer el camino de vuelta, a multiplicar la desorientación horaria, a meterme en un plató con dolor de cabeza por culpa de la presión del avión de la que no he conseguido desprenderme ni con todo el paracetamol de las farmacias. Mi casa de la costa oeste se me antoja en el otro extremo del planeta, en el otro extremo del sistema solar, en el otro extremo de la galaxia. Mejor me quedo aquí, encerrado en estas cuatro paredes de un hotel de lujo, salir es imposible, quién sale con tanta prensa acechando y tanto fan enloquecido por lanzármese al cuello, que hay que ser gilipollas. Hace ya siete u ocho años que no voy a un lugar público sin ir acompañado de escolta. Buf, cuatro días de cautiverio supuestamente voluntario en este palacio donde no hay nada, absolutamente nada que hacer, solo leer, solo jugar a la videoconsola en una pantalla de televisión más grande que un armario, solo pedir que suba alguien a hacerme un masaje, solo visitar el spa, solo repasar el guion y ver cómo un chico latino se masturba porque se lo he pedido, yo sentado sobre la cama y él de pie junto a mí, dejando su enorme polla tiesa a la altura de mi cara.

Quiere seducirme, se arrodilla frente a mí y recorre mi piel con su lengua fresca y ancha como una hoja de coca. Ahora ponte a cuatro patas en la cama. Tiene el latino un culo excitante y salvaje como un safari, le cacheteo varias veces, dos cientos, tres cientos, cuatro cientos dólares, le pido que se queje y él se queja, gime de dolor fingido, ay, papi, me dice en español, y sigue gimiendo y ja-

deando, hasta que finalmente oigo mi propio resuello tan grave y viril que me pongo más cachondo aún, justo antes de aterrizar de nuevo en la Tierra y reconocer mi cuerpo y esta carísima habitación. Me pregunta si he quedado satisfecho y le digo que sí. Le pido su teléfono, porque quiero que se alegre pensando que volveré a llamarlo, a pesar de que sé perfectamente que no lo haré. Me entrega una tarjeta donde aparece una foto suya desnudo desde el cuello hasta justo la línea del pubis: Juan Miguel Lana, masajista, reza. Se viste. Se enfunda de nuevo en su chupa de cuero. Su tarifa incluía la noche entera, pero prefiero que se marche ya. ¿Habrá aprovechado para añadir otro servicio esta noche? ¿Satisfará lo mismo a hombres que a mujeres? Ahora lo veo menos atractivo que antes; no, igual de atractivo, solo que ya no me urge la necesidad de morderlo, de estrujarlo, de matarlo quizá. Antes de marcharse me pide un autógrafo, *para Juan Miguel, por librarme de una contractura*, escribo, y lo hago como un chiste entre él y yo y también para que cualquiera que lea esa nota en el futuro no pueda usarla en mi contra acusándome de alquilar los servicios de un chapero y no de un masajista. A veces las notas son más peligrosas que las dagas. Antes de salir por la puerta me regala un último beso en la boca, caliente, denso, noto su lengua en la mía como un animal submarino. ¿Me regala este beso? ¿Se lo regalo yo a él?



II. DERRUMBE EN EL METRO

Mike Ricefield, así, abreviando, es un inmigrante que con lo que gana currando de albañil en el metro no tiene ni para pagar la luz. Esta misma mañana la compañía eléctrica le ha dado los buenos días avisándole de que dentro de tres jornadas se quedará sin suministro. Maldita sea. Además llueve, como llueve en Irlanda, pero el agua no cae sobre los bosques verdes ni sobre el lago de su pueblo, aquí el agua es gris como los edificios y se golpea violenta contra el asfalto y el cemento. ¿Nadie se da cuenta de que la felicidad es imposible en una ciudad así? Para colmo de males su hermana mayor murió hace dos meses. Su hermana le había cuidado como una madre, porque la verdadera había fallecido cuando él era aún muy niño. «Cuida de Ricky», le pidió su hermana en recompensa. Y él iba a cumplir su promesa fuese como fuese. Ricky es su sobrino, tiene quince años y le está costando mucho adaptarse a este lugar. Ha intentado que estudie, pero en el instituto los chavales más vacilonos se empeñaron en dejarle claro que este era su territorio, el de ellos, y no paraban de meterse con su acento y de hacerle la vida imposible, o lo que a un adolescente se le antoja que es una vida imposible. Al final el joven irlandés le acabó rompiendo la nariz a uno de esos gilipollas, cuyo padre le interpuso una demanda que Mike tampoco podrá afrontar. Por todo esto cada día hace pellas o se escapa del instituto. Mike es uno de los obreros que trabajan en la ampliación del metro, no más que escombros y túneles oscuros aquí dentro, igual que en el corazón de Mike. Cava y acarrea restos, pone ladrillos y maneja la excavadora, recibe órdenes y se muerde los labios hasta sangrarlos cuando su jefe le trata como una mierda. Pobre Mike. «Mike, quieren hablar contigo», le acaba de soltar el encargado. «¿Quién?». «Una tía que o está contigo o venderé mi alma al diablo para que esté conmigo». El albañil deja la pala y sale del túnel dirección a la garita de seguridad. Allí le espera Kate. Kate es la mujer más maravillosa que uno pueda imaginarse. Es una abogada con cara de muñeca y

ojos frágiles, que está enamoradísima de Mike, su hombre rudo; pero es una locura, un inmigrante al que apenas le llega para pagar el alquiler y al que jamás aceptaría su padre, empeñado en casarla con el hijo de su socio. Además Mike es demasiado orgulloso como para dejarse ayudar, y menos por una mujer, aunque esté loco por ella y sea lo mejor que le ha pasado nunca. Hacía dos días que no se veían, dos noches, mejor dicho, cuando ella descubrió una factura impagada de la luz, «pronto te llegará un aviso de corte si no lo remedias. Yo puedo prestarte el dinero. Ni hablar, ese era su problema e iba a resolverlo por sí mismo, ya sacaría el dinero de dónde fuera. «De dónde», le preguntó ella, «¿del fondo de una botella de whisky?». Y Mike montó en cólera, llevaba diez días sin beber, estaba yendo todos los miércoles a su terapia de grupo después de trabajar sus diez horas diarias seis días a la semana, cómo podía decirle eso. «Déjame que te pague la factura, no tienes por qué hacerlo todo solo, déjame, por favor». «Déjame tú en paz» le respondió él a voz en grito, «vete de mi casa mientras todavía tenga luz».

«Hola».

«Hola». Kate está radiante incluso en un escenario tan triste como es la obra del metro, pero él no se lo dice porque nadie le ha enseñado a decir estas cosas. ¿Habrá venido a pedirle una segunda oportunidad, a confesarle que dos días sin verse le pesan tanto como a él mismo? Qué ganas de besarla y estrecharla contra él, aunque tuviera que manchar un vestido tan bonito con su tizne y ensombrecer la cara de Kate con sus labios y sus mejillas manchados de polvo y grasa. Entonces mira por encima del hombro de ella y ve al fondo del andén desierto a su sobrino. «¿Se ha metido en otro embrollo?». «Cosas de la edad, esta mañana se ha escapado del instituto y robó un vídeo juego en una tienda; me llamó desde la comisaría». «¿Y por qué no me llamó a mí?». «Porque yo soy abogada y le doy menos miedo que su tío. Mira, me lo voy a llevar unos días a mi casa para... para que tú tengas más tiempo para ti: trabajas demasiado y no es justo que acarrees con otra responsabilidad más, ni

tampoco para él que tiene que estar solo todo el tiempo». Bueno, si quiere recuperar su confianza, la de ambos, Kate y su sobrino, tendrá que demostrar que puede comportarse como una persona madura. «Está bien, llévate lo». «Vale, nos vemos, estaremos en contacto». Y Mike ve a Kate acariciar el hombro del muchacho y los dos se marchan andén a lo lejos, pero, de pronto, un gran estruendo y el techo se desprende, y Mike corre con todas sus ganas hasta que llega donde se encuentran Kate y Ricky, bloqueados ambos por la tensión y el miedo, los aparta justo para que una viga no los aplaste y quedan los tres atrapados en esta parte del túnel. Los demás obreros vocean al otro lado de las piedras y el amasijo de hierros. Tardarán horas en sacarlos y a Ricky está a punto de darle una de sus crisis: necesita la medicación lo antes posible. «Kate, tú quédate con él. Yo buscaré una salida alternativa». «No, Mike, no hay más camino que ese túnel y es muy inestable, las sujeciones no están acabadas. Es demasiado arriesgado». «No voy a quedarme aquí con los brazos cruzados. Traeré los medicamentos. Descuida».

Y... ¡corten! Se encienden un millón de focos y nada de lo anterior tiene sentido, ni la melodramática historia, ni unas relaciones de plastilina, ni el infumable texto. Al final no me marché a mi casa de la costa oeste, demasiado trasiego, demasiado lío. Y como el tiempo es oro y yo cobro una inmoralidad, aprovecharon mis días de cautiverio para hacerme una sesión fotográfica. Mira hacia allí... pon cara de duro... achina los ojos... entreabre los labios..., ¡Qué pesados son los malditos fotógrafos! Pretenden hacerse famosos fotografiando a famosos, y a veces hasta lo consiguen. Y el que lo logra se vende por una pasta. Este, sin ir más lejos, diez mil dólares por las cinco horas de sesión de un solo día. Llegó temprano con un equipo de tres personas y un millón de cachivaches y convirtieron la suite en un estudio fotográfico en un periquete. Él apenas hacía nada, pon esto aquí, coloca el paraguas allí, quítale este brillo del mentón, píntale los labios más oscuros, y después mirar algún encuadre y corregir algún ángulo, pero

no lanzó ni una foto. Los directores de cine tampoco hacen nada. Richard Cameron nos dirige en esta película. Por la mañana llega, charla un poco con el director de fotografía o el de sonido, da alguna instrucción a los actores, contención, nos pide, que los ojos lo expresen todo, quiero una novela dentro de tus ojos, me pide a mí, que el espectador pueda intuir la vida de Mike Ricefield en los primerísimos primeros planos; a continuación se sienta en su silla, con su nombre grabado en el respaldo, parece fatigado y no lleva ni una hora en el set, y es el director de escena quien se desgañita por el megáfono ordenando que suban aquellos focos, que los figurantes vuelvan a colocarse en su sitio, que al decorado no le falte un detalle, que la tramoya esté lista para la acción!

El fotógrafo quería que se vieran mis dientes nuevos. Bueno, no son exactamente nuevos, sino diferentes. Cuando me contrataron para este papel, mi representante creyó que era conveniente marcar mi regreso con algún cambio de imagen radical e irresistible, algo que no lleven los demás actores de mi generación y que pueda crear tendencia, algo que yo pueda obtener muy fácilmente y a los demás mortales les cueste mucho esfuerzo o dinero o valentía. Y es que para seguir en el candelerero es imprescindible que la gente quiera ser como tú, o quiera ser follada por ti, que casi siempre es lo mismo. Mi grupo de asesores, después de arduas e interminables jornadas en las que se reunían con expertos en imagen, esteticistas, peluqueros, cirujanos plásticos, etcétera, etcétera, vieron la luz del génesis cuando consultaron con un dentista especializado en arreglos estéticos. Finalmente me llevaron a su clínica de Beverly Hills en la que me limó los dientes donde se juntan los incisivos superiores con el objetivo de dejar una separación entre ellos. Muy chic. Ahora tengo un aire... no sé, tengo un aire raro entre mi aspecto viril, con mi rostro anguloso y mi barba morena de varios días y los dientes separados al estilo niño travieso.

¡Corten!, grita el director de escena y cientos de operarios de grúas, de iluminación, de sonido, la *script*, se ponen a danzar y a dar vueltas y corretear en este set de rodaje, como escarabajos laboriosos y peloteros, como confeti negro soplado por un ventilador. El director artístico se acerca a mí cada vez que terminamos una toma y me repite lo bien que lo he hecho. Este mamón olisquearía mi culo si le dejara. Me ha dicho que me tome un descanso, hay que preparar la siguiente secuencia. Así que no hace falta que las maquilladoras me retoquen los tiznes, ni la peluquera le dé un poco de más volumen a mi peinado, eso sí, la *script* me recuerda que tengo que ponerme el reloj en la muñeca derecha, como si yo fuera gilipollas y se me fuera a olvidar un detalle tan significativo. Me dirijo hacia mi caravana y Cameron sale a mi paso, he estado pensando, Keith, me dice, y he llegado a la conclusión de que tu personaje es una mezcla entre Ben Braddock, de *El graduado*, y Stanley Kowalski, de *Un tranvía llamado deseo*, te lo digo por si te sirve, yo veo a tu personaje como un clásico, un ser potente, para bien y para mal, capaz de destruir pero sin ánimo de destruir, con una carga interior fascinante y una capacidad seductora fuera de toda duda; seguramente Mike Ricefield no es consciente de lo irresistible que resulta, o le trae al fresco, lo cual lo hace más deseable aún; quiero que pienses en el conflicto que defiende en cada escena, reescribe el guion en tu cabeza, que cada frase signifique una cosa distinta a lo que dice, porque de esas contradicciones nace la verdadera naturaleza de Mike. Cameron habla muy lentamente, como si se tratase de un muñeco escaso de batería, vale, le digo, para tranquilizarlo, para quitármelo de encima, lo tendré en cuenta, Cameron, y se queda parado delante de mí, ¿algo más?, nada más, me dice, ¿te encuentras bien?, sí, me responde y me abre paso para que pueda seguir mi camino.

Las instantáneas se publicarán en una revista de *celebrities* dentro de tres meses, cuando ya hayamos terminado el rodaje y estemos

a la espera del trabajo de posproducción para estrenar la película. Al final de la sesión fotográfica recogieron todos los bártulos, el fotógrafo estrechó mi mano como un católico recalcitrante estrecharía la del Papa y se dieron el piro. De repente todo en silencio. No lo esperaba, me pilló por sorpresa, el ajeteo me había aliviado de esos días encerrado en aquella jaula de oro, y a pesar de lo insufrible que es esa gente, desabróchate la camisa, no mires directamente a la cámara, cuidado con esa luz que no quiero brillos en los dientes, me sentí muy solo cuando desaparecieron. Ahora mando que te suban el menú, nos vemos mañana en el rodaje, me dijo Daniel antes de cerrar la puerta tras de sí y dejarme a solas conmigo mismo. Hijo de puta. Sabe que nada de carne roja, ningún alimento que esté frito, ni un grano de azúcar refinado, si es posible todo macrobiótico y mi marca francesa de agua preferida. Cuando llegó el botones con la carta la bañera estaba hasta arriba, espumosa, caliente. La lleno en momentos así, en que quisiera golpear las putas paredes y arañar mi pecho machacado en el gimnasio y tirar abajo todos los malditos muebles de diseño del maldito hotel y saltar encima de ellos y colgarme de la lámpara hasta que se descolgase e hiciese un estrepitoso estruendo tremendo. Pero no puedo hacer nada de eso, no debo, así que, en momentos tal, introduzco la puta cabeza en el yacusi y me pongo a gritar a todo lo que dan mis pulmones, una y otra vez, una y otra vez, saco la cabeza empapada y mi peinado se queda hecho una ruina, las greñas pegadas a mi cráneo chorrean, y vuelvo a meter la cabeza y grito hasta que se desvanecen mis fuerzas. ¡Qué a gusto me quedo cuando ya no me restan fuerzas ni para gritar!

He invitado a mi compañera de reparto a la caravana. Sara está en auge como actriz. Todavía no es muy conocida, pero lo será pronto, sobre todo después de esta película y de compartir cartel conmigo. Tiene veintitrés años. A las actrices de cine más les vale espabilar y llegar a la cumbre jovencitas, porque después de los treinta se las

empieza a considerar mayores dentro de este mercado. He visto a muchas mujeres pasar de tener por año veinte guiones donde elegir, a tener con suerte uno o dos después de los treinta y cinco. Qué se le va a hacer. Me fascina la lozanía de Sara, la naturalidad con que se recoge el pelo en una maraña, su belleza sin paliativos. Se sabe hermosa y lo usa como quien usa un hacha. Las actrices son previsibles. Catherine nunca lo fue. Pero Sara sí, pretende seducirme fingiendo que no le intereso en absoluto, se tumba en el sofá de la caravana, se quita las sandalias y pone los pies sobre el tapiz, como si estuviera en su propia casa o en la habitación de una amiga íntima, como por casualidad, haciendo uso de una confianza que aún no nos hemos ganado. Ha estado bien la escena, comenta y yo hago un medio gesto que no significa nada. Se desabrocha el primer botón de la blusa y se abanica con un papel que ha encontrado. Mi hermana viene a visitarme la semana que viene, me dice, y añade: No creas que me alegro demasiado de que venga; historias, dice queriendo dar el tema por zanjado. Yo la escucho con el aire de un domador de leones ante un gatito persa. Me voy a dar una ducha; si eso, pon música, le propongo, y ahí la dejo.

Alcancé a oír la puerta a pesar de que ya tenía la cabeza sumergida en agua y gritaba con furia. El camarero me trajo boletus, marisco, crema de piña y coco de postre, y un valium que le añadí yo mismo a la refacción, *bon appétit*. Me quedé grogui entre burbujas perfumadas con aceite de almendra y sales de baño herbales, seguidamente alboroz calentito y tan grueso que me sentí como un bebé acunado por su madre después de un atracón de teta. Aún con el alboroz me senté junto a la ventana. Desde ella se coronaba el mundo: abajo, en las aceras, la gente corriente con sus trabajos y sus vidas corrientes y vulgares, atrapados en su rutina monocromática que me aterra con solo imaginarme, no quiero ni pensarlo; pero a veces no tengo más remedio que hacerlo, imaginar sus vidas grises, porque

de pronto me ofrecen un papel dirigido por un director de moda, pongamos por caso un inmigrante irlandés que no puede pagar la luz y que curra de albañil en la nueva línea de metro, y yo no tengo ni la más remota idea de cómo se interpreta a ese pobre hombre... El método de la profesora Helen: primero escribo la patética vida del personaje hasta que llega al punto en el que empieza la película. La idea es integrarlo en mí lo máximo posible. Luego sitúo los objetivos de cada una de las escenas, los tonos e intenciones, el subtexto de cada frase, las posturas corporales de las que voy a partir y hacia las que me encamino, el timbre de voz... y *voilà*, a veces el milagro esquizofrénico por el que me siento otra persona en otras circunstancias y río con su risa y lloro con sus lágrimas y me sé miserable porque al día siguiente sonará el despertador temprano para pasarme ocho, diez horas poniendo ladrillos y perpetuar así mi pobreza... Y de improviso la voz salvadora del director de escena diciendo corten, corten, talen, cercenen esa aciaga conexión subhumana, y me siento aliviado por cobrar cuarenta y nueve millones de dólares por tres meses de rodaje y doy gracias por el yacusi y el tranquilizante y el alboroz grueso con el que me seco mientras contemplo la puta ciudad de mis sueños, cruzando los dedos porque el personaje no se me haya quedado demasiado adentro y resurja sin mi permiso.

No me ha dado tiempo ni de enjabonarme, sin permiso Sara se mete en la ducha, yo desnudo y marcando músculo y pecho velludo, ella vestida como en la escena que acabábamos de rodar, te decía que odio a mi hermana, se coloca bajo el chorro de agua y su cabello enmarañado se aplasta como el de Audrey Hepburn en la última secuencia de *Desayuno con diamantes*. Lo peor es que la odio sin culpa. La aprieto contra mí y en cuanto veo sus tetas duras marcadas bajo la blusa azul empapada mi cosa se pone firme como un soldado de la guardia real inglesa. Le quito las bragas con urgencia y le dejo puesta la falda del mismo azul que la blusa. La subo a mis caderas y ella me

las abraza con sus recias piernas. Me encanta follar así, sí señor, me pone cachondo sentirme tan macho, yo empujando y ella dejándose hacer a medio metro del suelo, yo resollando, ella resoplando, gimiendo los dos, ella con notas de soprano y yo con rebufo de buey, mi polla entrando y saliendo de su húmedo y cálido y tierno coño hasta que me corro. Creo que ella también se corre, pero con estas actrices nunca se sabe. No hemos usado protección porque ella no me lo ha pedido y eso significa que se protege.

Mientras miraba por la ventana, ya de noche noche, pensaba en el fotógrafo de aquella mañana: él me decía haz esto y yo lo hacía, sin rechistar; soy dócil con quien debo serlo y hasta adulator, con todo aquel del que pueda sacar algo, dar un paso en mi carrera. Sonríe, me decía hacia el final de la sesión fotográfica. Quería fotos que enseñaran sin tapujos mi dental obra maestra. De esa forma no, sonrío inclinando la cabeza hacia atrás y tapándote los ojos con la mano, como si te hubieran dicho un pipopo muy ocurrente y divertido. Y sonreí como él me pedía. Me enseñó una de las imágenes en la pantalla digital. Doy bien en pantalla, tengo que reconocérmelo, con mi angulosidad facial y mi barba desgreñada. La verdad es que no quedan mal los dientes, que ahora dan la sensación de ser más pequeños. Busco que parezcas feliz porque la felicidad vende mucho, me dijo el fotógrafo, vende mucho porque causa envidia, y la envidia es la esencia y el motor de nuestra especie. Al final resultó un filósofo el fotógrafo maricón aquel.

Esta tarde tenemos otra escena. He llamado a Daniel para que nos traigan la comida a mi caravana y un vestido seco para Sara. Me ha sentado muy bien el polvo, no sabía cuánto lo necesitaba hasta que se ha acabado. La chica y yo hemos estado hablando como si tal cosa, como si acabáramos de cocinar juntos un pastel de verduras o de limpiar las ventanas, lo más normal, vamos. También la quiero, dice, a mi hermana, y me consta que ella me quiere a mí, por eso le

perdono todo, que a veces se comporte como una gilipollas y eso. Sara deja que los cabellos húmedos caigan sobre sus hombros. Mientras pronuncia las palabras se acerca al frutero y toma una fresa y se la come. Parece una granjera, con esa elegancia sencilla. Nos trajeron el cáterin a la caravana. Una hora después de haber comido nos avisaron para que nos preparáramos: querían repetir algún plano de esta mañana, así que quizá no rodemos toda la escena programada, pero sí avanzaremos alguna frase con casi toda seguridad. Richard no aparece por el set, no sé por qué ni lo pregunto, el director artístico se encarga de todo. De nuevo peluquería, maquillaje, echarle un vistazo al guion y tomarme una rayita de coca, si no no iba a poder con mi cuerpo.

Y... ¡acción!